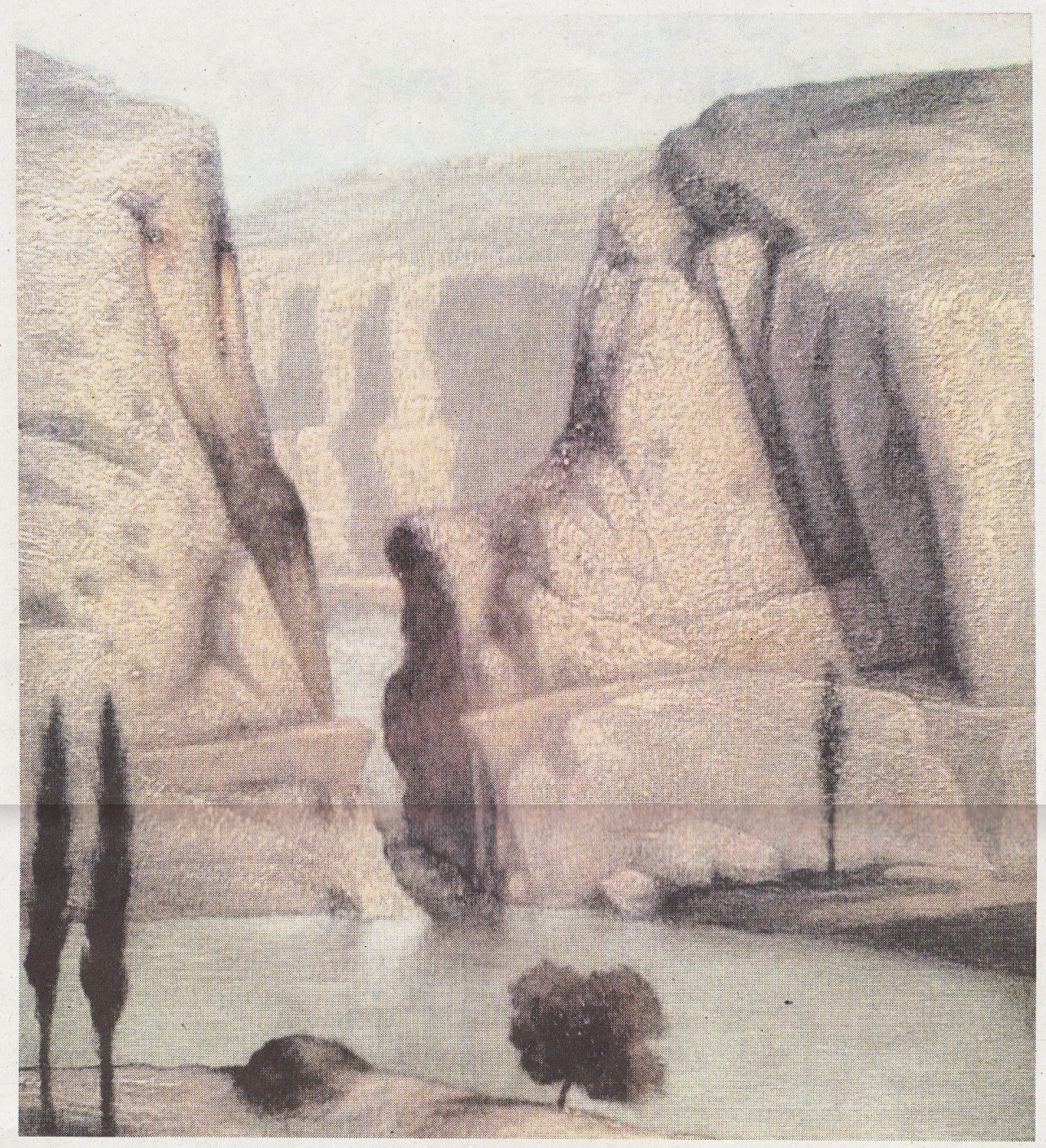
ARTISTAS NAVARROS OLVIDADOS Crispín Martínez, nacido en Aibar en 1903 y cuya vida se vio truncada por un accidente de tráfico en 1957, fue uno de los artistas más destacados en el panorama navarro del segundo tercio del siglo XX

El pintor Crispín, artista del dibujo

José María Muruzábal



Boceto de Moro. Carboncillo. 1927

San Fermín. Pastel.

Foz de Lumbier.

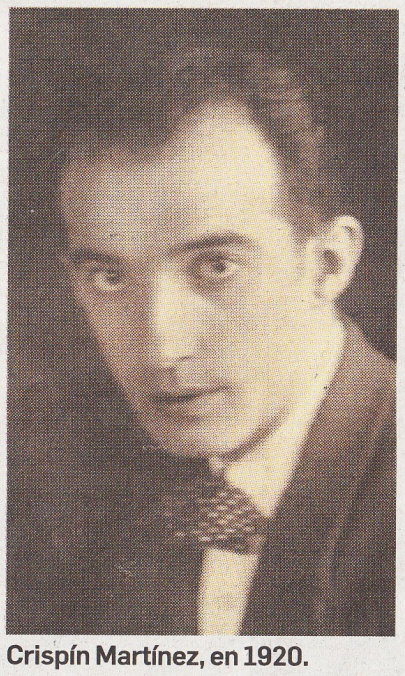
DENTRO de la historia de la pintura navarra destaca la generación de pintores nacidos a finales del XIX y principios del XX, y que está compuesta, al menos en sus nombres más significativos, por Muro Urriza, Gerardo Sacristán, Emilio Sánchez Cayuela *Gutxi*, Julio Briñol, Eugenio Menaya, Gerardo Lizarraga, Antonio Cabasés, Juan Viscarret, Lozano de Sotés y Francis Bartolozzi. A esta generación pertenece también el artista a quien vamos a dedicar estas líneas, Crispín Martínez. Estamos ante una figura que contó con gran respeto y fama en su época pero que, posteriormente, ha ido cayendo en un olvido lamentable. A este olvido no le es ajena la implicación política que se le supuso, merced a sus dibujos en el *Arriba España* en los años de la Guerra Civil, en especial el famoso retrato del general Franco. Es hora, en aras a esa Memoria Histórica tan de moda en nuestros días, que el pintor Crispín sea despojado de prejuicios y podamos llegar a contemplar su extensa y variada obra artística, sin duda fundamental dentro del panorama pictórico navarro del siglo XX.

El hombre

Crispín Martínez Pérez, el Pintor Crispín, nació en Aibar el año 1903. Hijo de Manuel Martínez, natural de la propia Aibar y Clotilde Pérez, natural de Quel. Fue el séptimo de ocho hermanos, aunque sobrevivieron cuatro, Marino, Antonio, Emérita y el propio Crispín. La familia se trasladó pronto a San Sebastián; allí comenzó el interés de Crispín por el mundo del arte, muy superior al interés por sus estudios. Cuentan en la familia que solía escaparse de clase para ir a la playa a dibujar; incluso ejecutaba rápidos retratos de personas lo que le reportaba buenas propinas. No consta que recibiera ninguna formación artística. Debió de permanecer en Guipúzcoa hasta el año 1917 en que regresa a Navarra.

En 1918 asiste a la Escuela de Artes y Oficios de Pamplona, donde tan solo permaneció cinco días. Desarrolló también un primer aprendizaje con Javier Ciga. En 1923, tras su exposición en Pamplona, consigue una beca que le permite estudiar en Madrid hasta 1926. Allí conoció y trató a Daniel Vázquez Díaz y, por consejo del pintor Salaverría, no ingresó en ninguna academia. Viajó también por París y otras partes de España. Tras esta etapa formativa decidió asentarse en Logroño, el año 1926. Este cambio fue debido a que su hermano Marino residía allí. En Logroño realizó numerosas pinturas, especialmente retratos, folletos publicitarios, decorados y escenografías teatrales para el teatro Bretón de los Herreros, diseño de muebles y complementos, escaparatismo, etc. De los años de permanencia en Logroño es necesario destacar la exposición en el Ateneo Riojano, en febrero de 1927.

En julio de 1936 Crispín Martínez inaugura una gran exposición en el hall del Teatro Gayarre de Pamplona. La guerra civil truncó la muestra e hizo que Crispín se asentara en Pamplona. Comienzan ahora las colaboraciones con el periódico *Arriba España* de Pamplona. La relación con el sacerdote Fermín Izurdiaga hizo que Crispín Martínez colaborara en ese periódico con dibujos, de los que hemos catalogado 37. La década de los cuarenta trae la consolidación de Crispín Martínez como un artista respetado y admirado en Navarra. Establece su estudio en la calle San Fermín, practicando mucho el retrato. Los carteles anunciadores de las fiestas de San Fermín de 1940 y 1945 contribuyeron a aumentar su fama. La década de los años cincuenta es época de intenso trabajo personal, pero relativamente oscuro, encerrado entre las paredes de su estudio. El 17 de agosto de 1957, Crispín fallece en accidente de automóvil al regresar desde Tafalla. En mayo de 1958, la CAMP organizó, en la sala de García Castañón, una exposición homenaje. En mayo de 1959, su localidad natal le rindió un sentido y respetuoso homenaje. El año 1970 el Ayuntamiento de Pamplona dedicó a Crispín Martínez una calle en el entorno de la Avenida de Pío XII.



Crispín Martínez, en 1920.

Su producción estética:

El pintor Crispín practicó la técnica del óleo desde principios de los años veinte. Estos óleos, tanto paisajes como especialmente retratos, constituyen parte notable de su producción artística. El pintor Crispín no fue un paisajista al estilo de muchos de los pintores navarros del siglo XX. En sus momentos de formación, Crispín comenzó pintando paisajes de su pueblo Aibar y de zonas próximas como Sangüesa, Liédena, etc. Éstos son paisajes de principiante, dubitativos aún, muy lineales. Continuó elaborando paisajes a lo largo de toda su vida, aunque fue ésta una temática minoritaria. Existe en la producción del artista un número de retratos al óleo numeroso. Entre los retratos masculinos podemos enumerar el retrato del hijo de Juli Inchaurraga, el señorial retrato de Félix Huarte o el retrato de su amigo riojano José Elizaga, más suelto e informal. Respecto de los retratos femeninos destacaremos los de Ana Mª Irujo González Tablas, el de Adriana Beaumont, el de Silvia Lacunza de Barragán o el de la Sra. de Ilundain. Es importante también el retrato de su madre, obra de sencillez y emotiva. Realizó bodegones y temas religiosos, como su conocido San Francisco Javier, San Fermín o *El regreso del hijo pródigo*, de la Parroquia de San Francisco Javier de Pamplona.

La técnica con la que entendemos logra mayor altura estética fue con el dibujo y, en especial, dibujando figuras. En el dibujo se muestra como un artista de gran viveza, dotado de extraordinaria mano y con la que fue capaz de lograr una maravillosa captación psicológica de los personajes retratados. La crítica de la época siempre admiró y alabó esta cualidad, que es la que otorgó fama y consideración a Crispín dentro de la sociedad Navarra. Utilizó con gran habilidad el carboncillo y, sobre todo, el pastel. Con él acabó plasmando autenticas obras maestras dentro del arte navarro del siglo XX. Los retratos de Marcelino Zaratiegui, maestro de Cáseda, Ignacio Baleztena, el de José Gorricho del Museo de Navarra, José Muñuzuri del Museo Gustavo de Maeztu, el Gran Visir del Ayuntamiento de Aibar, los diferentes Moros de colecciones particulares, Manuel Hedilla o el Miliciano, conservados en la colección familiar son ejemplos a destacar.

Además de todo lo anterior, Crispín Martínez realizó carteles (los de San Fermín nombrados ya, o el de la CAMP de 1955 son buenos ejemplos), trabajó en publicidad, elaboró escultura, destacando el busto de Mª Teresa Torres conservado en el Ayuntamiento de Aibar, elaboró placas y figuras con motivos religiosos, imitando marfil, realizadas en materiales sintéticos, etc. Todo ello completa el perfil de uno de los más grandes artistas navarros del siglo XX. Está pendiente una gran exposición del artista que nuestras instituciones, hasta el momento, nos han denegado. El catálogo que estamos elaborando suma ya más de 300 obras. Pero no hay problema; esperaremos mejores tiempos y otros gestores que entiendan algo de cultura navarra.

José María Muruzábal del Solar es historiador del arte navarro